

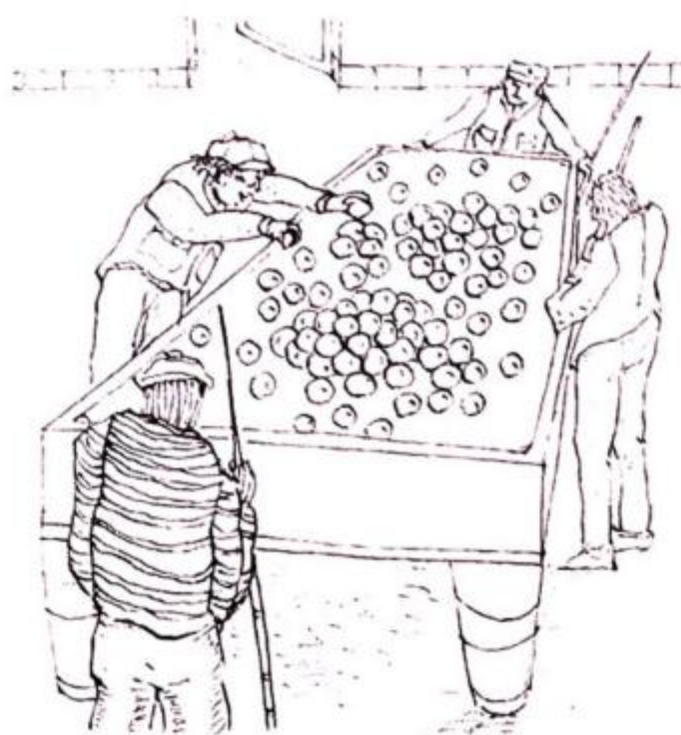
*Al verlo caer desde su pico por el aire espeso de sal y mover las agallas, creyó que quería volar y se puso a reír y no pudo volver a capturarlo. El pez vuela. El alca-traz se ríe. La muchacha que ayu-da en la limpieza le dice que el vestido le aprieta porque tiene caderas de bailadora de meren-gues. El borde de los vestidos nue-vos es redondo. Un círculo per-fecto. [págs. 26 y 27]*

Dentro de este aire como de pesadi-lla, finalmente la niña llega al cole-gio, luego de un paseo repleto de incertidumbre en el bus, con ganas de llorar:

*Se puso a caminar por el patio entretenida con el chasquido de las hojas secas de los mangos, los nísperos, los cauchos, los de gua-ma, las bongas gigantescas que sueltan sus cartuchos de flores de algodón y pelusa irritante. Se pa-ralizó con la carrera del camaleón disfrazado de tierra, de fruta, de sombra, de verde vegetal que le-vantaba un remolino de sustan-cias en reposo hechas ya de soles, de lluvias, de noches frescas y de suelo [...] Las voces le llegaban coladas, como por los labios de la señora que hacían el gesto de sonido aaaaaaa y no permitían entrar nada porque todo salía. Aaaaaaa. [pág. 35]*

Todo el mundo intenta bajarla: el jardinero, los bomberos, el padre, la niñera mulata, las profesoras, y ella continúa ahí porque:

*Y así Estefanía se quedó por el resto de la luz, parada en la rama del árbol, metida en la claridad, abriendo lo que más podía la boca para tragar bocanadas de transparencia que le iluminaban su sangre, distraída del colegio y atenta a ese mundo inmenso en el que estaban sumergidos los obje-tos y donde ella les hacía señales a los pájaros, a las cometas y so-plaba las columnas rotas de humo de las chimeneas de los barcos. Y así Estefanía. [pág. 90]*



Es interesante que aparezca la costa atlántica a través de su flora y su fauna, los mercados y las costumbres, pero realmente es difícil aseverar que un niño guste del derroche de imágenes, cuando está buscando, más que sensaciones poéticas, una aventura o una historia. No se pretende asegurar que a los jóvenes lectores no les interesa el lenguaje en sí, pero sí es cierto que los niños tienen una imaginación desbordante y no necesitan de descripciones detalladas para crear mundos propios, infinitamente ricos. Por eso muchas veces se añoran narraciones concretas como la famosa: "Había una vez un rey que tenía tres hijas, las metió en unas botijas y las tapó con pez. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?".

JIMENA MONTAÑA  
CUÉLLAR

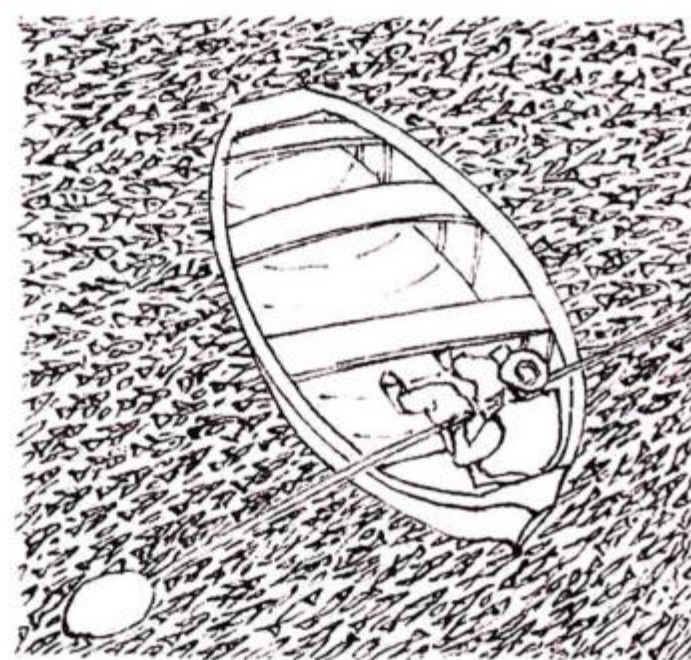
### **“Un García Márquez hábil, locuaz, astuto políticamente, tenaz, incansable...”**

**Aquellos tiempos con Gabo**

Plinio Apuleyo Mendoza  
Plaza y Janés, Barcelona, 2000,  
219 págs.

De Gabriel García Márquez se han dicho, se dicen y se dirán muchas cosas. Antes, durante y después del

Nobel. Muchas cosas que dicen y escriben tanto quienes no lo conocen como quienes sí lo conocen. Quienes lo envidian y quienes lo quieren, quienes lo admiran y quienes lo detestan. Quienes están asistidos por razones verdaderas para hablar en cualquier sentido (político, literario, de amistad, familiar), como quienes sin ton ni son encuentran en el escritor un motivo para ensalzar o para vituperar. Ríos de tinta han corrido y aún correrán por cuenta de quienes, a veces, no hacen más que succionar de una ubre que, en vez de leche, da dinero. Especulaciones, mentiras, hiel, adulaciones: cualquier disculpa es buena para sacar titulares en periódicos y revistas a manera de promociones hasta no hace mucho infalibles para vender. Saturación que ya, claro, tiene ahíto a todo el mundo. Pocos quieren saber más del cacareado tema Gabriel García Márquez.

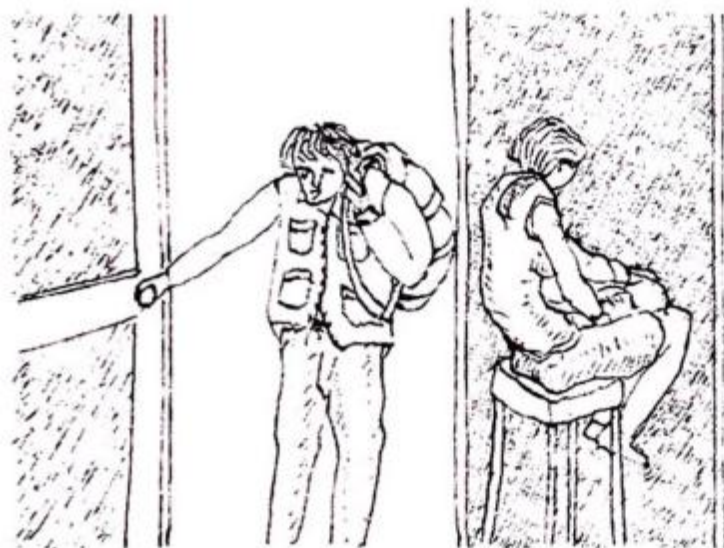


Y todo a pesar, muchas veces, del mismísimo autor, que terminó siendo víctima cruel de su palabra encantada, su locuacidad y su abundante archivo de información. El hombre mejor informado del país, se ha dicho.

Innumerables reportajes, entrevistas, artículos y ensayos nos han dejado ver a un García Márquez prolijo y vasto en temas no siempre relacionados con la literatura. La sombra del mito que se proyecta sobre su figura hace que se le mire y se le trate como a un verdadero oráculo.

Es el autor que en 1981 comenzara así una de sus columnas en *El Espectador*, explicando una sucia coartada política del gobierno de ese entonces contra él:

*Nunca, desde que tengo memoria, he dado las gracias por un elogio escrito ni me he contrariado por una injuria de prensa. Es justo: cuando uno se expone a la contemplación pública a través de sus libros y sus actos, como yo lo he hecho, los lectores deben disfrutar del privilegio de decir lo que piensan, aunque sean pensamientos infames. Por eso renuncié hace mucho tiempo al derecho de réplica y rectificación —que debía considerarse como uno de los derechos humanos— y, desde entonces, en ningún caso y ni una sola vez en ninguna parte del mundo he respondido a ninguno de los tantos agravios que se me han hecho, y de un modo especial en Colombia.*



Gabriel García Márquez encarna en América Latina, con Jorge Luis Borges, sobre todo, ese tipo de análisis y de crítica que en muchas ocasiones le da mayor relevancia al autor que a la obra. Gracias a ello muchas personas conocen datos, chismes, anécdotas y opiniones acerca de muchos escritores importantes, pero nada o casi nada saben de sus obras. Una manía cebada por los medios de comunicación

En 1984 Plinio Apuleyo Mendoza (Tunja, 1932), periodista y novelista, y gran amigo del autor de Aracataca, publicó, bajo el sello de ediciones Gamma de Bogotá, *La llama y el hielo*, “una forma de memorias”, al decir de su autor, libro de cinco capítulos que comienza con “El caso perdido”, sobre Gabriel García Márquez. Los otros cuatro: Fernando Botero, Carlos Franqui, Álvaro Cepeda Samudio y Plinio Mendoza Neira.

En el año 2000 el capítulo denominado “El caso perdido” se convierte en un libro hecho y derecho, con el título de *Aquellos tiempos con Gabo*, ahora con el sello Plaza y Janés de Barcelona. Exactamente el mismo texto, incluyendo la extraña diagramación donde las líneas se cortan permanentemente, a veces al comienzo, o empiezan en una suerte de larga sangría injustificada. A uno le queda la duda de si lo único que querían con ello era hacer rendir el volumen. Creo que eso hicieron.

La nueva edición no incluye comentario alguno acerca de aquella primera, dieciséis años atrás. Allí Apuleyo Mendoza anotaba las discrepancias que al respecto de esta publicación, básicamente en el aspecto político, tuvo García Márquez, por considerar que sus opiniones y actitudes, sobre todo en lo que tiene que ver con el caso de Cuba, no quedaban completas y, por lo tanto, Plinio sacaba ventaja por ser él quien disponía del espacio y manejaba el discurrir de los asuntos. El autor admite que ello es verdad, también porque las opciones políticas de ambos escritores se han distanciado y han divergido lo suficiente como para prácticamente no volver a tocar el tema, en una relación de afectos donde, dice Plinio Apuleyo, debe prevalecer la amistad.

Y en efecto, por lo narrado, los dos autores lo han compartido todo: pobreza, hambre, aventuras, periodismo, años de virulencia política izquierdista, literatura, el país, América Latina, Europa, hijos, amigos, fama, premios, dinero, las mieles del poder.

Un libro de excelente escritura, ameno y diverso, que se lee como una historia de aventuras contemporáneas, como un testimonio de vida, como una novela.

A diferencia de *El olor de la guayaba* (1982), el libro de entrevistas donde ambos escritores discurren por una serie de temas que lo dividen (el oficio, los primeros años, las influencias, la fama, la política, las mujeres, los gustos), éste va de una sola tirada, entremezclando los disímiles pasajes de la vida de los dos autores,

guiados por la memoria de Plinio Apuleyo, en lo que, me parece, prevalece la sinceridad, la medianía, el sentimiento de amistad y el reconocimiento a quien, como García Márquez, no necesita más allá de que las cosas se narren tal y como le han ocurrido. Lo extraordinario parece inherente a su propia condición.



Desde la primera frase del libro: “¿Dónde nos conocimos?”, que actúa como desencadenante portentoso, como un tobogán por donde van a deslizarse muchos episodios que comienzan con el saludo espontáneo: “Ajá, doctor Mendoza, ¿cómo van esas prosas líricas?” de “un caso absolutamente perdido”, al decir del joven Luis Villar Borda en aquel mismo encuentro, y terminan con la ceremonia de entrega del premio Nobel de literatura en 1982. Y con la advertencia del mismo García Márquez a su compadre y ahora memorioso de su ciclo vital: “Sé que estás escribiendo sobre mí. Sé que piensas decir que todo lo tenía previsto en la cabeza. Estás equivocado. Yo no sabía, te lo juro, hasta dónde podía empujar el carro. Simplemente me levantaba cada mañana, sin saber qué iba a ser de mí, y lo empujaba. Un poco más. Siempre un poco más, sin saber si llegaba o no llegaba. Sin saber nada”.

Esas palabras del reciente premio Nobel parecen también una advertencia del autor del libro, porque él no ha querido hacer (y no ha hecho) un panegírico inverosímil donde un pobre diablo descamisado, picado por el bicho de la literatura, llega,

señalado por el destino, a los más ariscos escenarios del arte, a convertirse en un invitado de lujo en los recintos más exigentes y mejor catalogados del mundo.

Este periplo por la vida del autor de *Cien años de soledad* tiene como telón de fondo, justamente, la paciente escritura de sus obras, la voluntad de hierro de quien no se da por vencido ante las más difíciles condiciones económicas, la convicción y el talento de un hombre constantemente atento al acontecer del mundo, a los vaivenes de la política, a la conversación de sus amigos y de su familia, a los recuerdos de su infancia. Atento y voraz lector de las mejores obras de la literatura y de muchas otras disciplinas. Y que vivió su soledad y sus tristezas sin lamentaciones, haciéndolas gravitar, también, alrededor de su centro de operaciones, de su escritura incansable y fecunda.

En efecto, el novelista, cuentista y periodista leído y celebrado en todo el mundo ha entrado a saco en todos aquellos escenarios donde lo primero que inspiraba era una suerte de desconfianza por su descuidada figura y su irreverencia de costeño buscavidas. Tal como le ocurrió al imberbe Plinio Apuleyo Mendoza en ese primer y fortuito encuentro en la Bogotá de 1947, cuando, al verlo manosear el trasero de la camarera que servía los tintos, “empiezo a ver al tipo con una especie de horror. He oído decir que los costeños atrapan enfermedades venéreas como uno atrapa un resfrío y que en su tierra hacen el amor con las burras (y en caso de apuro con las gallinas)”.

Caracas, La Habana, París, Barcelona, México, Barranquilla, Bogotá, muchas ciudades vieron llegar a los dos escritores, casi siempre en el rol de periodistas. Una vez, cubrien-

sólo para ellos dos sino también para muchos otros que, inmersos en esa actitud izquierdista, asumirían una posición al margen del partido comunista, que muy temprano mostró sus dientes de policía y el poder de su maquinaria arrolladora en todo lo que no estuviera de su lado, sumiso y obsecuente. Ahí, forcejeando al lado de unos pocos amigos por la no tenaza del poder castrista sobre Prensa Latina, estaban Apuleyo Mendoza y García Márquez (“Y el partido, moviéndose como una sola secta, estaba empeñado en apoderarse de la agencia, sucursal por sucursal, del Estado, de la revolución, de Cuba”).

Más adelante los amigos y colegas sufrirían su propia diáspora por cuenta del tristemente famoso caso donde el poeta Heberto Padilla fuera detenido por el régimen, acusado de contrarrevolucionario.

García Márquez ha continuado fiel al gobierno de Fidel Castro, mientras Apuleyo Mendoza retiraría de manera definitiva sus afectos al que consideraría (considera) un gobierno opresor, igual a todas las dictaduras.

Plinio Apuleyo Mendoza, autor de *Años de fuga* y de *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, ex director de publicaciones como *Momento*, en Venezuela, *Semana*, en Colombia, y *Libre*, en España, permanente columnista en diversos medios de información, y director de programas de radio, sea cual sea su pensamiento político o su opinión acerca de algún tema en particular, ha hablado siempre de frente. En una época de su vida (en la de “Aquellos tiempos con Gabo”), fue un hombre de indiscutida actitud política de izquierda. Hoy sus opiniones son tomadas por las de alguien de derecha, a veces fogosas y arriesgadas en un país donde la intolerancia es parte del menú diario.

*Aquellos tiempos con Gabo* es un libro que, a pesar de tenerlo a él en primera persona permanentemente (es un libro de memorias), no se ensaña en una actitud personalista y, en cambio, sí devela muchas situaciones de la vida social, política e



Como juntos vivieron la miseria y la fama, Apuleyo Mendoza se apunta aquí una página memorable en lo concerniente al desolado aguante del artista, y a la hipocresía y pobreza mental de aquella burguesía que exhibe artistas famosos igual a como lo hace con sus mansiones, sus joyas o sus autos. Y luego añade, refiriéndose al escritor: “Empujado por la celebridad o para decirlo más redondamente, por la gloria, hacia estos parajes sofisticados, García Márquez tiene dos defensas para salir de ellos indemne: sus amigos y sus opciones políticas, tan lejanas de la burguesía como el África ecuatorial de los polos”.

do la caída de Pérez Jiménez, otra la Revolución Cubana, otra más buscando un lugar adecuado para escribir, para estar lejos de la atribulada Latinoamérica, cerca de quienes pudieran prodigar un poco de tiempo y de bienestar, anhelando que la literatura no se esfumara en los avatares de una estrecha cotidianidad. En ello se fueron curtiendo los dos hombres que, alinderados decididamente en un pensamiento de izquierda, tuvieron mucho que ver con lo que, en esos años de convulsión social acicateada por el triunfo de la insurrección en Cuba, movía a la intelectualidad de América y Europa.

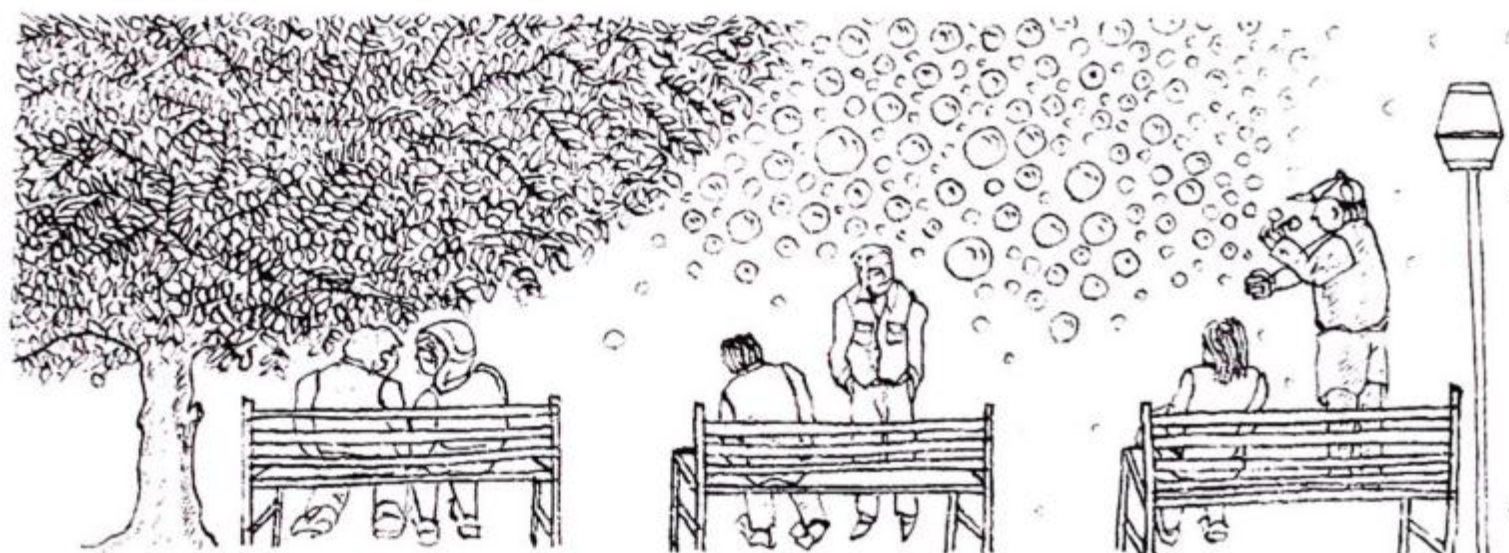
Y fue justamente en La Habana donde se definirían muchas cosas, no

intelectual de diversos países. Que, además de su excelente narración, muestra la personalidad de valiosos y controvertidos personajes, tales como el Che Guevara, Fidel Castro, François Mitterrand, Julio Cortázar, Juan Goytisolo, Marvel Moreno, Mercedes Barcha, entre otros.

ra. Un libro que forma parte de la historia de la literatura colombiana. Porque, a pesar de todo lo dicho contra el culto a la figura, para nadie es un misterio (y es también una perogrullada) que el autor existe y es vano esconder u omitir su existencia, las secuencias de su vida que lo

día de agosto de 1918, tras una andanada contra Marco Fidel Suárez. Nadie, que yo sepa, la comentó cuando se publicó y, lo que es más sorprendente, no se encuentra en esta edición, que, como la anterior, consta apenas de fragmentos de un diario que debe de ser no menos extenso que deleitable. Y eso no es todo, porque por aquí en alguna parte el autor se refiere a diez volúmenes de memorias que abarcan toda su vida hasta el momento de comenzar el diario junto con el nuevo siglo. Ignoramos si se trata de la misma *Historia de mis libros*, con diez volúmenes de anotaciones que, según el propio autor, estaban en poder de sus editores desde 1913. ¿Qué se hicieron?, nos preguntamos. Aunque no sería tan grave su desaparición si atendemos a que nos dice también que sus verdaderos libros se inician con *Ibis*, en 1899, y que lo anterior es apenas “literatura y política de Selva, época prevargasviliana, que llamé yo”.

Hace años vengo recopilando una antología de insultos y blasfemias de Vargas Vila y del “Indio” Uribe, los dos mejores panfletarios que nunca tuvimos. “El Panfleto, ha sido mi Dominio y he logrado hacer del Panfleto una Obra de Arte”, dirá en el *Diario*. Es bien conocida, además, la opinión de Borges en *Arte de injuriar* (1933) que se encuentra en *Historia de la eternidad* (1936): “... la injuria más espléndida que conozco: injuria tanto más singular si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura. *Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia.* Dishonar el patíbulo. Fatigar la infamia. A fuerza de abstracciones ilustres, la fulminación descargada por Vargas Vila rehúsa cualquier trato con el paciente, y lo deja ileso, inverosímil, muy secundario y posiblemente inmortal. Basta la mención más fugaz del nombre de Chocano para que alguno reconstruya la imprecación, oscureciendo con maligno esplendor todo cuanto a él se refiere —hasta los pormenores y los síntomas de esa infamia”.



Discrepo de quienes señalan este libro de chismoso e intrascendente. Además de reiterar mi impresión de que está inflado en su volumen físico por su diagramación injustificada, creo que el texto es coherente y sólido en su idea de mostrarnos a un García Márquez hábil, locuaz, astuto políticamente, tenaz, incansable, de un humor y una paciencia indoblegables, el mejor amigo de sus amigos, trashumante, y, por supuesto, un genio de la literatura.

Es verdad que, sin remedio, el libro entra en esa miríada de textos producidos alrededor del creador de literatura más publicitado desde hace muchos años por los medios de información en América Latina y tal vez en el mundo, pero también es cierto que este texto guarda visibles diferencias con muchos de aquellos, sobre todo en la calidad literaria y en el confiable origen de la fuente. A todas luces, el autor no pretende dejar en el libro un rastro de la obra literaria de García Márquez, ya que, como se dijo, *El olor de la guayaba* presentaba ya esas características. *Aquellos tiempos con Gabo* es el capítulo que se adivinaba detrás de bastidores del libro de entrevistas. Una deuda que Apuleyo Mendoza pagó con creces, aun bajo el peligro de acrecentar el mito. O de aprovechar su cercanía al mito para hablar de sí mismo. De cualquier manera, es un libro de recomendable lectu-

racen cercano a su lector, nombrable de manera familiar. Además, como en este caso, en un buen seguimiento y en un respetuoso acercamiento a dicha figura de carne y hueso, se encuentran también claves, cómo no, de la obra.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

### “Este diario es el libro que habrá de sobrevivirme”

José María Vargas Vila

*Diario (de 1899 a 1932)*

Edición a cargo de Raúl Salazar Pazos  
Ediciones Altera, Barcelona, 2000,  
217 págs.

“Fuera de Colombia la mediocridad es un accidente”.

Esta frase, la más lapidaria que nunca leí en contra de una nacionalidad, es hoy por hoy el mayor recuerdo que guardo de la lectura de algunos apartes de este libro, cuando fueron publicados por vez primera con el título de *Diario secreto* (Arango Editores, El Áncora, 1989). La frase fue escrita por Vargas Vila —sin ningún reparo— en un cálido